

LA IRRESPONSABILIDAD DE LOS INTELECTUALES

*Luis Núñez Ladevéze**

Al cabo de tres siglos de ininterrumpido proceso de acentuación de los aspectos procedimentales a base de reducir los contenidos morales de los mundos vitales presupuestos, cabe preguntarse si la integración social de los ciudadanos de nuestras sociedades postmodernas se ha consolidado o deteriorado. La descripción de las culturas urbanas no favorece el optimismo. Los conflictos religiosos que Locke trató de remediar han cambiado de signo con el avance de la secularización, pero la crudeza de las relaciones no ha disminuido. El repliegue de lo religioso no ha aportado más orden cívico, no ha reducido la violencia ambiental, no ha contribuido a comunicar los estratos culturales, no ha compensado las diferencias económicas. A veces, las causas de la conflictividad han dejado de ser religiosas, no dejando de ser sustantivas. Otras, el conflicto surge de la misma desarmonía social que el progresismo ilustrado aspiró a disipar. Las discrepancias en la post-modernidad no son menos profundas de lo que lo fueron en su origen moderno. Como el método de resolverlas sólo sabe progresar desnaturalizando los lazos afectivos que las causan, es difícil predecir cuál será el final del camino, ni si la tolerancia universal no tenderá a ser otra cosa que la universal inmersión en un nihilismo indiferenciado y gregario.

Lo que la privatización de lo religioso plantea es si el espacio público puede mantener su coherencia integradora liberado de referencias trascendentes. Por el momento no se consigue más que desplazar a la religión de su recinto para rellenar su vacío con sucedáneos inútilmente profanos de lo sagrado. La ética del acuerdo no progresa profundizando en la tolerancia sino a base de ganar ingravidez, de hacer del proceso de secularización una continua gregarización, de trivializar las pautas de socialización despojándolas de su originario valor ejemplar, de erosionar la voluntad de dominio del individuo sobre sí mismo sin modificar las relaciones de dominación, de neutralizar los motivos que hacían de la cooperación vital una tarea espontánea y no una inversión calculada, una función no constreñida a motivaciones instrumentales.

No se suprime lo religioso, se lo transforma y pervierte. Al transferirse al espacio civil, los viejos ritos son sustituidos por modalidades profanas que debilitan la sustancia moral de lo sagrado. Rousseau y Comte, que comprendieron la importancia socializadora de la religión, animaron a la planificación de una religión civil. No supieron que sería innecesario programarla mediante artificiosos remedos de catecismos. El propio desplazamiento de lo sagrado ha generado sucedáneos degradados para rellenar el espacio que ha dejado vacío, pero la sustitución no proporciona estabilidad social ni contribuye a apaciguar viejos conflictos, ni a amortiguar esas profundas diferencias culturales o sociales que contradicen las expectativas suscitadas por la promoción de la ética pública. La distancia entre ricos y pobres aumenta en el interior de las sociedades industriales y entre las sociedades avanzadas y las que tratan inútilmente de incorporarse al progreso. Que la respuesta lockeana sea solución racional de un problema real, irreductible a la descripción aristotélica, no transforma la práctica de la tolerancia en una virtud positiva de la que pueda brotar angélica o espinozianamente la solidaridad social que todos predicán y anhelan pero que todos ignoran cómo aplicar para que produzca los efectos deseados.

El comercio de la droga no es alentado sólo por la perspectiva de adquirir rendimientos fáciles y rápidos a base de desafiar las reglas del comercio lícito, es el efecto de una demanda colectiva dispuesta a destruir la voluntad de vida a cambio de ofrecer el paraíso terrenal de la evasión pasajera. Recitales de andróginos convocan fervorosas multitudes de miméticos adolescentes en torno a simulacros litúrgicos de evanescente creatividad.¹ Los ídolos de celuloide o de pasarela son objeto de emulación, centros de curiosidad informativa. Sus vidas son difundidas como si su trivialidad tuviera algún sentido moral oculto, sus palabras son reproducidas y saboreadas como si de su aprendizaje pudiera derivarse alguna enseñanza, sus gestos son miméticamente reproducidos por masas de admiradores que no se sienten atraídos por la ejemplaridad de su conducta, sino por la sugestión de un éxito tanto más envidiado cuanto más inaccesible. Esta cultura de la mediocridad es una nueva idolatría. El vellocino postmoderno no

*Decano de los profesores de la Universidad Complutense de Madrid.